

LAS RELACIONES MÉXICO-ESTADOS UNIDOS
EN LA COYUNTURA ACTUAL

Estados Unidos, determinante en la historia de México

Fernando Carmona•

Desde Franklin Delano Roosevelt hasta William Jefferson Clinton, a lo largo de más de medio siglo, todos los mandatarios de Estados Unidos han hecho visitas oficiales a México. Sobre todo desde Miguel Alemán Valdés hasta Ernesto Zedillo Ponce de León, todos los presidentes de México han emprendido la ruta de Washington, con creciente frecuencia en la medida en que nuestro país se endeudaba más con el exterior, concentraba en su territorio maquiladoras y masas cada vez mayores de capitales estadounidenses, sesgaba más y más hacia la potencia vecina su comercio exterior legal e ilegal, la incorporación de bienes de producción y de tecnologías, las fuentes de información y de publicidad difundidas por los medios de comunicación, la emigración de trabajadores “sobrantes”, las relaciones turísticas, la formación escolar, particularmente en posgrados, de los hijos de mexicanos ricos y becarios algunos

• Investigador emérito del IIEC., coordinador del Seminario Permanente de Economía Mexicana, presidente en turno de la Academia Mexicana de Economía Política (abril-octubre de 1997).

de los cuales más tarde nos deslumbrarían desde altos cargos en el Estado, a la vez que se multiplicaban los problemas en la frontera común.

Desde luego la galopante así llamada globalización y la revolución de los transportes y comunicaciones, han orillado —y facilitado— la creación de nuevos foros e instancias internacionales públicas y privadas, y también la relación personal entre los jefes de Estado y de gobierno en el planeta. Pero el intercambio de visitas entre los mandatarios de los países desarrollados dominantes y los de los subdesarrollados dependientes es muy desigual. Concretamente, se puede decir que el “coeficiente—viajes—recíprocos” de los mandatarios mexicanos a Estados Unidos supera varias veces al inverso, en proporciones más altas que todos los demás países latinoamericanos (aun sin considerar a la vetada Cuba, que la superpotencia decidió además bloquear desde hace 35 años).

Así ha sido sobre todo en los últimos tres lustros aperturistas y privatizadores, de modernización a medias, pretendida “estabilización” y también de continua crisis y semiestancamiento, años del reacomodo de México en la economía mundial, mediatizado y en gran medida empujado desde la superpotencia norteamericana.

La asistencia a asambleas y reuniones de comités de organismos multilaterales ubicados en aquel país (ONU, OEA, FMI, BIRF, BID), pero sobre todo la gestión ante el gobierno y empresarios estadounidenses ha dado lugar a un ajetreado e intenso traslado a Washington y otras ciudades de secretarios de Estado mexicanos, ayudantes y asesores así como empresarios, también con “coeficientes” mayores que sus colegas de aquel país, a negociar, renegociar, presentar proyectos y solicitudes de ayuda o a rendir cuentas a funcionarios oficiales, banqueros, empresarios y asociaciones privadas del vecino país, durante y después de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Pero además de esto, ¿cuántas veces más que los mandatarios mexicanos que los antecederon, han hecho lo propio De la Madrid, Salinas y Zedillo?. ¿Y cuántos viajes hicieron en el mismo tiempo a México, sucesivamente Reagan, Bush y Clinton?.

Por necesidades de la geoestrategia económica y política estadounidense hacia el mundo y hacia América Latina, Wi-

lliam Clinton vino a México durante mayo de 1997, ya en su segundo mandato. Observa *The Economist*, la sesquiseccular y prestigiada publicación inglesa, en relación a esta visita: “Durante los últimos cuatro años (este mandatario), en su relación con el TLC, la cooperación en contra del narcotráfico, y el crédito de emergencia para México cuando se colapsó su moneda, ha asumido enormes riesgos por su vecino del sur”. (La revista se refiere, como es sabido; a riesgos políticos para mantenerse en el poder, por la oposición interna a sus decisiones en estos asuntos y de otra manera, en el de la migración mexicana) Añade la nota editorial: “La semana pasada llegó a México con más señales de devoción. Lo acompañó la mitad de los integrantes de su gabinete, para negociar una gran cantidad de acuerdos con sus contrapartes mexicanas”.¹

Aparte de que el “rescate” de las finanzas de México, pagado ya, anticipadamente, a costa del sacrificio de la mayoría de los trabajadores sin añadir nada a la capacidad económica mexicana, fue una acción para el beneficio de las inversiones especulativas estadounidenses en nuestro país; y además de que el TLCAN acentúa la transnacionalización “pronorteamericana” de la economía y de que el narcotráfico y la migración favorecen las ganancias estadounidenses y permite a Estados Unidos ejercer presiones “certificadoras” sobre México y otros países latinoamericanos, los riesgos políticos internos de Clinton son secundarios frente a los intereses estratégicos de la superpotencia. Entre otras cosas, está la “Iniciativa para las Américas” de su antecesor republicano Bush y que aún sin la autorización del Congreso de su país, el demócrata Clinton sostiene, en la que el TLCAN y México son una plataforma principal para avanzar en el objetivo del “libre comercio” en el continente americano bajo dominio de la superpotencia, es decir, el dominio de los consorcios transnacionales de este país en contradictoria competencia —aunque a veces asociados— a los de otros países.

Durante los dos años y medio que lleva su gobierno, cuántas veces ha ido Ernesto Zedillo a Estados Unidos?. ¿Cuántas

1 “Cordial visita de Clinton a México”. Reproducido por *Excelsior*, Sección Financiera, México, 17 de mayo de 1997, p. 4.

más *tendrá* que volver en lo que le resta de su mandato?. Podemos estar seguros que más veces que su homólogo en Washington viajando de nuevo a México, y que el Presidente mexicano no irá como verdadero par de Clinton, sino como negociador de ajustes en la dependencia estructural de México respecto al poderoso vecino.

El propio *The Economist* observa que “México se engalanó para recibir a Clinton (...) ocultó sus vergüenzas detrás de una delgada capa de policías, que mantenían a los pobres fuera de la vista”² (aunque, agregó, el gobierno no pudo o acaso ni siquiera quiso ocultar otras vergüenzas de la pleitesía al imperio). Y puede decirse que los acuerdos largamente preparados y suscritos por los dos mandatarios en la capital mexicana, que para los gobernantes mexicanos son ratificadores de nuestra soberanía nacional, en verdad afianzan el subdesarrollo de México y la falta de independencia de gobiernos como los últimos, incapacitados para seguir otros caminos y hacer valer, en un contexto internacional tan dinámico, cambiante y complejo y en una relación bilateral tan difícil, nuestro irrenunciable derecho a autodeterminarnos.

Por esto pienso que el anterior recuento no es trivial ni meramente anecdótico. Por debajo de su obviedad, el episodio del viaje del Presidente estadounidense a nuestro país en la coyuntura histórica de tránsito al nuevo siglo, con el que empieza un nuevo milenio según el imperante calendario gregoriano occidental, al entregar a esta sección de *Problemas del Desarrollo* una modesta “opinión” –o más bien un “comentario”– invita a reflexionar sobre el pasado, el presente y especialmente sobre el futuro de nuestra nación. Procuero no perder de vista el contexto de acelerados y profundos cambios universales y nacionales, de retrocesos, riesgos e indudable incertidumbre, más también de oportunidades de avance y progreso.

o o o

Hace siete años recogí en las páginas de *Problemas* una metáfora empleada por Don Jesús Siva Herzog hacía décadas, en

2 *Ibidem*, p. 1.

tiempos en que el ahora adormecido nacionalismo aún recibía el influjo de la Revolución Mexicana. En boca del Maestro esa imagen era una advertencia, hecha con la autoridad moral e intelectual del funcionario probo, patriota ejemplar, gran impulsor de la investigación económica y social en nuestro país y él mismo estudioso incansable de la realidad mexicana y universal: en toda la historia de México como nación, había dicho, se observa “un fantasma, el fantasma de Estados Unidos”³.

Por las *materializaciones* políticas, militares, económicas y tecnológicas de ese “fantasma”, la metáfora puede ser válida, tanto tiempo como para México, en la historia de Canadá, el otro más próximo vecino de aquella excolonia británica que desde sus primeros pasos independientes se abocaba a expandir sus intereses, y aun en la de otras naciones latinoamericanas bañadas por el Caribe. Pero sobre todo después de la Primera Guerra Mundial empezó a ser también aplicable en las naciones situadas en el extremo sur del continente americano y en varias, tanto “vencedoras” como “vencidas”, de esa conflagración en Europa y otros continentes.

Lo que deseo subrayar ahora es que la gravitación del formidable centro del capitalismo planetario que Estados Unidos llegó a ser desde hace más de medio siglo, desde la Segunda Guerra y en la larga “guerra fría” del mundo bipolar imperante hasta la década de los ochenta, es un hecho sobresaliente de la historia universal del siglo XX.

Más aún, en dicho largo trayecto histórico, sobre todo a partir de esta última década del actual evanescente siglo, en las condiciones de la llamada “posguerra fría” la metáfora podría también aplicarse –como casi seguramente lo será durante una buena parte del XXI–, a la historia de la mayoría de los países del orbe, incluida la de los bloques integracionistas de las naciones desarrolladas y subdesarrolladas, la de la ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y los otrora países socialistas de Europa central, así como la de los que aún

3 En “México-Estados Unidos. La soberanía mexicana cada vez más comprometida”, *Problemas del Desarrollo*, Vol. xx, núm. 80, Vigésimo aniversario, enero-marzo de 1990, pp. 19-44.

son o proclaman ser socialistas (China, Corea del Norte y Vietnam en Asia y Cuba en América), todos los cuales sufrieron agresiones militares de la hoy única superpotencia bajo cuya égida la humanidad iniciará el nuevo milenio, o, como Cuba, que sigue sujeta a la amenaza militar y aún sufre las agresiones políticas, propagandísticas y económicas hoy acentuadas por la unilateral ley Helms–Burton, ampliamente repudiada en el mundo por su patente negación del derecho internacional.

Para México, empero, unido indisolublemente por la geografía y la historia al destino de la superpotencia, el impacto de la expansión de Estados Unidos ha sido directo y permanente. Casi siempre —y en *esencia*— negativo, como, más allá de buenas intenciones, no puede ser de otro modo en las relaciones definidas por la dialéctica que se establece entre el débil y el fuerte, entre una parte cada vez más dependiente y otra cada vez más y en forma avasalladora, dominante, aunque también esa relación contenga aspectos positivos que hoy es preciso evaluar con objetividad.⁴

La expansión estadounidense, sus modalidades e intensidad, han variado según las cambiantes circunstancias del tiempo y el espacio histórico. Pero tanto en los anteriores a la época mundial del creciente dominio y hegemonía del capital monopolista en el mundo, o sea la época del imperialismo y en particular en esta etapa ya secular en la que desde un principio esa poderosa nación ha sido un actor principal, también nuestro país ha sido víctima de agresiones militares, políticas y económicas de Estados Unidos, que muchos mexicanos, resignados o acomodados a la subordinación de México y sin ninguna visión alternativa, o acaso satisfechos con esta prolongada situación histórica, hoy quisieran olvidar. Las incesantes presiones, medidas discriminatorias y violatorias de elementales derechos humanos y dictado de inaceptables y grotescas “certificaciones” a nuestro país por el más fuerte en relaciones

4 A partir de este párrafo el texto y las ideas expresadas se desarrollan en la conferencia del autor “México antes del siglo XXI”, dictada en el XIII Seminario de Economía Mexicana organizado por el IIEC., del 27 al 30 de mayo de 1997.

bilaterales tan “asimétricas”, no permite hacer tabla rasa de la realidad.

Claro está que tras de más de un siglo de desarrollo capitalista, la clase dominante y la mayoría de los gobernantes mexicanos no están exentos de responsabilidad en la situación de México como país subdesarrollado dependiente. Al contrario, su poder ha sido y es determinante para que la misma se mantenga, reproduzca y profundice. Sin embargo, dada la enorme gravitación de Estados Unidos en el planeta no es posible ignorar las determinaciones en la historia mexicana que provienen de la acción sobre México de este superpoder.

Primero, a mediados del XIX, el “Coloso del Norte” *determinó* militarmente nuestro actual territorio; después, a lo largo del Porfiriato, mediante la acción de inversionistas y negociantes estadounidenses respaldados por sus gobiernos, desplazó a un segundo plano la influencia en México del capitalismo europeo; más tarde, en 1910–1940, las tres décadas de auge nacionalista en que la Revolución Mexicana transformó, a medias, al país, en la crítica larga coyuntura histórica mundial signada por la Primera Guerra, la Gran Depresión, el fascismo, el “Nuevo Trato” rooseveltiano y los preparativos y eventual inicio de la Segunda Guerra, disminuyó el capital extranjero y dicha influencia fue parcialmente frenada pero no eliminada, para resurgir con mayor fuerza poco después.

Durante la segunda conflagración mundial las relaciones económicas de México con Europa se interrumpieron y reorientaron hacia la potencia nortea. Y durante la prolongada “guerra fría”, que se inicia coincidentemente con el alemanismo que en nombre de la “Revolución Mexicana” marca el definitivo abandono de los derroteros nacionalistas y justicieros abiertos por la misma, llevados a su máximo con el gobierno de Lázaro Cárdenas, la influencia acumulante del vecino del norte en la economía y la vida nacional toda creció sin cesar. Sin que los gobiernos dejaran de invocar el “nacionalismo revolucionario” (el de De la Madrid aún lo profesa, el de Salinas profesa el “liberalismo social”), en 1982, cuando la clase dominante mexicana, que incluye ya una poderosa e influyente fracción oligopolista hegemónica, se había fortalecido grandemente con el apoyo oficial y el *desarrollismo estatista* había entrado en irreversible crisis, México era ya el segundo país más endeu-

dado del “Tercer Mundo”, en gran proporción con la banca privada de su vecino del norte y con organismos internacionales dominados por éste, el que tenía la mayor inversión extranjera directa estadounidense —no especulativa como en los “paraísos fiscales”—, y el que más dependía del comercio, el turismo, las maquiladoras y el mercado de trabajo al norte de la frontera.

Baste señalar, por último, que durante la eclosión neoliberal de los tres últimos lustros, la masa de capital extranjero en inversión directa, indirecta y en cartera, primordialmente de Estados Unidos, se ha triplicado y que la *determinación* fundamental de la *política económica* mexicana emana de Washington, con el formidable apoyo del FMI, el BIRF, el BID y otras instituciones internacionales que son instrumento de los poderes imperiales liderados por aquel país. También con el nada deleznable apoyo de acuerdos bilaterales suscritos por México desde su condición de dependencia, algunos multilaterales como la actual OMC que abren algunas rendijas de reclamación a los países subdesarrollados dependientes frente a los poderosos, y sobre todo del trilateral TLCAN, culminación del largo proceso de creciente subordinación estructural del país a la superpotencia del norte, incubado —más bien reincubado— a partir de los años cuarenta, como quedó dicho.

o o o

Ni México, ni Canadá, ni América Latina, ni el mundo podrán hacer abstracción de la presencia de Estados Unidos al entrar al nuevo milenio, o sea del accionar insoslayable de una gigantesca nación que supo reunir en su seno excepcionales condiciones para absorber trabajadores de todo el mundo y desarrollar el capital y la tecnología, beneficiarse de las guerras mundiales y de su creciente papel en el mercado internacional para que ese capital, ya monopolista, se transformase en transnacional, hasta convertirse, pese a los enormes cambios mundiales y las más diversas contradicciones que la obligan a compartir su poderío, en la superpotencia fortalecida en este fin de siglo por el derrumbe de la URSS, del “socialismo real” europeo, las aperturas a las corporaciones transnacionales de

países que mantienen base socialistas y el notorio debilitamiento del movimiento de liberación nacional.

Todo cambió en las últimas alucinantes décadas, pero pese a que ha menguado la hegemonía económica, la militar y en ciertos aspectos la política, cultural, monetaria y financiera de Estados Unidos, ésta es todavía indisputable incluso para sus más próximos rivales —y socios y aliados— de Europa y Japón. Su presencia proyectada al mundo significa que el capitalismo y desde luego también el imperialismo, marcarán las pautas de un largo futuro. Y más que otros habitantes del planeta que no compartimos la *utopía* neoliberal y aspiramos a una patria y un mundo verdaderamente humanos, los mexicanos, los pobladores del único país subdesarrollado que no sólo es colindante en miles de kilómetros de una vulnerable frontera, sino seguramente el más dependiente de aquella gran potencia, tenemos que considerar rigurosa y objetivamente esta realidad.

No llevaré más lejos estas reflexiones. Me limité a poner el mayor énfasis en que, más que para Canadá —país desarrollado del Grupo de los Siete—, el porvenir de México como nación requiere una relación equitativa con Estados Unidos. Con su superabundante y creciente mano de obra barata, bajos niveles de escolaridad y de investigación y desarrollo, desproporcionado y creciente peso de transnacionales que se expanden sin más limitantes que los de su interés en el mercado mundial y un mercado interno constreñido por la demanda de una mayoría social depauperada, una industria muy desintegrada hacia adentro y más y más integrada a la estadounidense, y por las vías entreguistas de renovadas concesiones lesivas al interés nacional, nuestro país no alcanzará ni en muchas décadas, los actuales niveles económicos y sociales canadienses.

La capacidad de ahorro e inversión nacional se ve mermada por la sangría inmensa y permanente de recursos perdidos por el país en los servicios de una deuda externa —*eterna*— creciente e impagable, que incluye montos desconocidos de intereses sobre intereses engendrados en las continuas renegociaciones, “reconversiones” y “rescates financieros”, y sin embargo contablemente ya pagada en exceso, sangría en promedio durante los tres lustros últimos del orden del 5% del Producto Interno Bruto (PIB) mexicano (el doble o cerca del triple que el pago

impuesto a Alemania por el Tratado de Versalles en la Primera Guerra), en gran medida dirigidos a engrosar las arcas del capital trasnacional estadounidense. Asimismo por los que salen hacia la superpotencia vecina por el monto de los dividendos remitidos al exterior por la cada vez mayor capital trasnacional invertido en México, las fugas de capital y el consumo de una pequeña minoría, de importación o de bienes y servicios de carácter suntuario producidos en nuestro territorio con insumos importados, a menudo por empresas extranjeras; y, también, por la permanente diferencia en el valor agregado de lo que importamos y lo que exportamos.

En esas condiciones, ¿cuándo podremos tomar un paso firme y sostenido siquiera como el de Corea del Sur, si además el neoliberalismo *a la mexicana* que, “pase lo que pase” según diariamente se nos repite, está en manos de un régimen “más papista que el Papa” en cuanto al papel asignado al Estado y otros aspectos?. Y aun si esto fuera posible, ¿será por siempre nuestro destino producir automóviles con las marcas de las trasnacionales de Estados Unidos y otros orígenes, en el mejor de los casos de autopartes y en maquiladoras de propiedad nacional, destinados al consumo interno de la minoría y sobre todo a la exportación, de todas formas depredadores de la naturaleza y dañinos de la ecología?.

O ¿el ser —parciales— productores “globalizadores” de Pepsis y Cocas, las marcas de Procter y Palmolive, Nestlé o Kellongs, Mc Cormick o Heinz, Good Year o Goodrich, Hewlet Packard o IBM, Du Pont o Celanese, o las de General Electric o Westinghouse, y el de productores de tortillas con maíz importado de allende el río Bravo y de *Mexican curious*?. Y además, ¿el de clientes cautivos de la televisión, el cine, la publicidad y en nuestro propio suelo, de los ferrocarriles, las plantas petroquímicas, las empresas telefónicas y eléctricas, los hoteles, las compañías aéreas y un largo etcétera de bienes y servicios de trasnacionales estadounidenses?.

En suma: ¿un destino de creciente incorporación de la minoría de mexicanos al *American way of life*, con una posibilidad para otros sectores de entrar a ella por la puerta de la cocina y condenar a una vida de desesperanza y paupérrima a una mayoría a la que se contendrá por la fuerza para que no

emigre a la tierra de promisión del norte, ni ponga en peligro el “nuevo orden mundial”?.

o o o

Pienso que, pese a todos los pesares, en una perspectiva de largo plazo existen alternativas que si bien reclaman la mayor claridad y rigor analítico en lo económico, no son utópicas pero tendrán que concretarse en los planos político, ideológico y aun cultural. Pasan por una muy profunda reestructuración de nuestra economía y de nuestra sociedad, el Estado y la política interior y exterior. Pasan por una renovada concepción de la defensa de la soberanía nacional en las formas a que la internacionalización obliga, apoyada en una real soberanía popular, en una democracia más que electoral todavía a conquistar por una constelación de fuerzas nacionales, ahora en gestación, con capacidad de poner en práctica un proyecto de nación favorable a las mayorías y al objetivo de independencia en el marco de la mayor interdependencia con el norte.

Estas todavía inexistentes bases son una *conditio sine qua non* para avanzar hacia una relación equitativa con Estados Unidos, de genuina cooperación y apoyo mutuo, que permita a nuestro país rechazar inaceptables imposiciones, reducir daños y obtener legítimas ventajas en una vinculación que hasta hoy ha sido cada vez más desigual e injusta, y una insoslayable causa de su subdesarrollo. Cuando esto se logre la gran nación estadounidense disfrutará de la seguridad de un vecino estable, capaz de dar trabajo en su suelo y de elevar progresivamente la calidad de vida de todos sus ciudadanos, que será un mercado estable para los productos, la tecnología y para capitales estadounidenses que en verdad contribuyan al progreso de ambas naciones.

Sin embargo, las realidades de la trasnacionalización del mundo también enseñan que hay otra condición *sine qua non*: ni siquiera con un pueblo soberano y unido y una nación cohesionada en la defensa de su soberanía pero aislada de las demás con igual necesidad histórica, enfrentada sola a su desventajosa relación bilateral con la principal metrópoli del capital trasnacional, podrá lograr esos objetivos sin la unidad,

solidaridad y concertación de esfuerzos con otros pueblos y gobiernos, en nuestro caso en primer lugar con los de América Latina. También es indispensable la comprensión y el apoyo solidario de sectores importantes de los pueblos de Estados Unidos y Canadá.

No faltarán quienes afirmen que cuestiones como las antes planteadas son de imposible consecución, que nada puede hacerse ante el poder del gigantesco vecino, o en todo caso son irrelevantes para una ciencia social a la que la soberanía de México y el proceloso campo de la lucha social le sean ajenos y para una academia que sólo acepte como suya la justificación del *status quo*, la fundamentación teórica en autores –de preferencia extranjeros–, convencidos del “fin de la historia” o ante las consecuencias sociopolíticas de la transnacionalización globalizadora, no preocupados en eliminarlas sino en paliarlas, o bien el análisis acríptico y refinado más a la postre fincado en un irreal y eterno *caeteris paribus*.

Quienes nos inscribimos entre quienes piensan que, hoy más que nunca antes, en la integración con Estados Unidos y el mundo se juega el porvenir de la patria, es mayor la responsabilidad de la academia en el aporte a la construcción de alternativas viables, fundadas en la realidad histórica. Por fortuna, aunque de manera contradictoria, lenta y desigual, desde el subsuelo social está en marcha un proceso de reorganización y toma de conciencia de que aún en esta accidentada época es posible, con la unidad y el esfuerzo de los muchos, avanzar en una dirección menos lesiva que la hasta ahora imperante en la reinsertión internacional de México.